



UNR Universidad
Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final: Investigación bibliográfica

Habitar la ausencia, una condición del trabajo de duelo

Autora: Heredia, Laura Belén

Legajo: H-5050/4

Docente responsable: Bertholet, Roberto

-2020-

A mi psicoanalista, Graciela Aranguiz, por su escucha y acompañamiento en el conocimiento de mi misma.

Al psicoanalista y profesor Roberto Bertholet, mi docente responsable; por acompañarme y orientarme en este trayecto final.

A mi familia: Angie, Gabriela y Carlos. Por su sostén en este camino, por confiar en mí.

A mis amigas: Daniela, Alejandra, Greta, Lucila y Melania, por su compañía y amistad invaluable.

A Agustín, por su presencia inquebrantable.

Por último, los motores de este trabajo, mis abuelos: Clebel y Gerardo; la ausencia de ellos me convocó a pensar sobre este tema. Y quizás, la escritura - junto a mi propio análisis- sea el modo de elaboración singular encontrado frente a sus pérdidas, insustituibles, irremplazables.

Índice

| | |
|---|----|
| Resumen y palabras clave..... | 1 |
| De pérdidas sabe el sujeto..... | 2 |
| Análisis e interpretación de la materialidad discursiva relevada: | |
| Sobre la muerte..... | 2 |
| La transitoriedad..... | 4 |
| Narcisismo..... | 5 |
| Duelo..... | 7 |
| Identificación..... | 13 |
| Duelo y cultura..... | 14 |
| Duelo y deseo..... | 16 |
| Conclusiones..... | 20 |

Resumen:

La presente investigación bibliográfica aborda de qué manera se lleva a cabo el trabajo de duelo por parte del sujeto, cuando la muerte de su objeto de amor acontece. Por lo tanto, el objetivo principal se enmarca en el análisis y la relevancia de esta problemática. A su vez, se realiza una tesis panorámica para dar respuesta al problema planteado, tomando autores referentes del psicoanálisis y profesionales del campo psi.

Freud deja asentado un desarrollo teórico ineludible, planteando al trabajo de duelo como condición necesaria para la inscripción subjetiva de la pérdida. Es pertinente dar cuenta que no hay un éxito contundente frente a la ardua tarea de desasirse de lugares tomados por el amor. Sin embargo, transitar un duelo tendrá un final, el cual dependerá de la posición subjetiva del doliente; cuál es el objeto amado y perdido, las circunstancias que derivaron en la muerte. En relación a esto último, Dolto refiere que la muerte es asunto de los demás, que el sujeto habla de la misma sin creer en ella. El intento de simbolizarla será siempre limitado, la misma es un indecible. Lacan nos dice que la muerte produce un agujero en lo real, convocando a lo simbólico para bordear la falta. Y en esa elaboración, la presencia de la comunidad es fundamental. Para finalizar, se reivindica la postura de Allouch: no hay sustitución de objeto, su ausencia no podrá ser colmada por otro objeto que ocupe su lugar.

Palabras clave:

Trabajo de duelo, muerte, objeto, espacio analítico.

De pérdidas sabe el sujeto

Desde que el sujeto nace, se encuentra con la presencia de otros con los que luego establece vínculos. Primero, con aquel cuidador principal encargado de asistir y dar afecto, ese otro que recibe el nombre de función materna. Luego, a partir de ello, forja lazos de diversa índole con otros, fuera del círculo familiar. Vínculos tan significativos, que cuando son perdidos, el sujeto se ve empujado a realizar ese arduo trabajo llamado duelo.

Pero, surge la pregunta, ¿de qué manera se lleva a cabo el trabajo de duelo por parte del sujeto ante la muerte de su objeto de amor? ¿Cuál es la relevancia del trabajo de duelo en la vida cotidiana? ¿Cómo concibe el sujeto la muerte del objeto amado? En la presente investigación bibliográfica se abordan específicamente dos autores, Freud y Lacan, para formular una respuesta a dichos interrogantes. Se seleccionan dichos autores en la medida que constituyen referentes ineludibles del psicoanálisis. Asimismo, en el escrito se hace referencia a los aportes de otros psicoanalistas y profesionales del campo psi. Entonces, es pertinente aclarar que el objetivo general de la presente investigación bibliográfica, se enmarca en analizar la problemática referente al trabajo de duelo que realiza un sujeto a partir de la muerte de su objeto de amor. Así como el análisis de la relevancia que comporta el hecho de que el sujeto lleve a cabo dicho trabajo. Y por último, la descripción del proceso de inscripción simbólica del objeto de amor, una vez fallecido, en el psiquismo del sujeto.

Dado que cada historia singular está atravesada por pérdidas de diversa índole, es fundamental que en la clínica el profesional psicólogo posea conocimientos que permitan abordar la temática del duelo. En este sentido, el conocimiento teórico funciona como herramienta en la clínica psicoanalítica para distinguir -y acompañar- un duelo normal de un duelo patológico y una melancolía. La teoría adviene como uno de los tres elementos esenciales que constituyen el trípode psicoanalítico, es decir, un analista ha de realizar un trabajo de formación teórica, supervisión de sus casos y análisis propio (Faccendini, 2016).

En relación a lo anterior, surge la cuestión por el espacio analítico: ¿qué función cumple el espacio analítico ante el duelo de un sujeto? ¿Qué intervenciones posibles pueden advenir en el encuentro entre dos? Ante todo, se considera fundamental una posición ética de respeto frente al sufrimiento del otro, aquel que ante una pérdida viene con el fin de atemperar el dolor. Entonces, ¿qué señala el Psicoanálisis acerca del dolor? ¿Es posible concebir la vida sin el mismo? ¿Qué relación hay entre tiempo y duelo? Interrogantes que insisten cuando se reflexiona acerca de las pérdidas inevitables de la vida y que se intentan delinear en la presente investigación bibliográfica.

Análisis e interpretación de la materialidad discursiva relevada:

Sobre la muerte

En uno de sus escritos, Freud se pregunta acerca de la muerte, a partir de un hito importante: la primera guerra mundial. *De guerra y muerte* (2013) visibiliza una época de gran conmoción en la sociedad, que abre la puerta a interrogantes vinculados a la vida y la muerte. Teniendo en cuenta el escrito mencionado, se desarrollan en la presente investigación bibliográfica cuestiones referidas a dichos temas, en la medida en que un duelo implica una pérdida, la cual puede ser de naturaleza ideal o real. En este último caso, el sujeto con el que se estableció un vínculo ha muerto y se ha perdido su presencia en la cotidianeidad de la vida. Asimismo, no hay que olvidar que la muerte es un concepto susceptible de abordarse desde diversas aristas: nuestro psiquismo, lo familiar, social, legal, religioso y cultural (Vives Rocabert, 2013).

Para comenzar, ¿puede el ser humano tener presente la finitud de su vida? Freud responde que en el sujeto hay una actitud contrapuesta. Por un lado, la muerte propia no es concebible, se evita incorporarla en el repertorio de la vida. El inconsciente no conoce la

finitud del vivir, se conduce como si fuera inmortal. Dolto en consonancia con esta postura enuncia: “la muerte es asunto de los demás, no nuestro. Y creo que es por eso que siempre hablamos de la muerte sin creer en ella (...)” (2002, p. 72). Sin embargo, esta postura no impide que sobrevenga la muerte en la cotidianidad.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando lo que no se concibe se hace presente en la realidad? ¿Cómo reacciona el sujeto frente a la muerte de un ser querido? En lo tocante a la muerte del otro, se procura no hablar ni imaginar esta posibilidad. Pero cuando ocurre, la vida del sujeto se ve afectada por una fuerte conmoción, de tal manera que las esperanzas y demandas que antes poseía desaparecen junto con la persona fallecida. Existe la presencia de un arduo trabajo psíquico en el que al comienzo hay una negación a sustituir aquello que se pierde. Esa negación se vislumbra en el hecho de que la muerte ha pasado de ser una necesidad a una contingencia, es decir, se vuelve imprescindible una justificación que argumente lo inevitable de la muerte. Y así, el sujeto adjudica la ausencia del ser querido a una enfermedad, un accidente, la edad avanzada. Además, frente a la evidencia de la muerte, el ser humano no concede a la misma el significado de aniquilamiento de la vida. En este sentido, se suponen otras formas de existencia que permiten mantener la idea de inmortalidad y de pervivencia de aquellos a quienes se ama. Las religiones juegan en ello un papel principal, al concebir la vida después de la muerte como la más significativa y plena: “ilusión a la que se aferran millones de seres humanos, ya que se trata de un deseo firmemente anclado en las profundidades del inconsciente donde la muerte no existe, donde somos eternos” (Vives Rocabert, 2013, p. 25).

Ahora bien, se puede enunciar una actitud contrapuesta a la mencionada, la cual acepta -y desea- la muerte del otro como un hecho. Ello es resultado del conflicto de ambivalencia presente en todo vínculo de amor. Por un lado, los otros amados forman parte del yo, pero por el otro se presentan como ajenos y extraños. La hostilidad presente en todo vínculo puede incitar un deseo inconsciente de muerte, el cual da cuenta de la emergencia de la neurosis en los sujetos. En este sentido, Freud nos dice que en el inconsciente surge un deseo de muerte, cuando los otros (extraños o enemigos) afrentan al sujeto: “Todo perjuicio inferido a nuestro yo omnipotente y despótico es, un crimen *laesae majestatis* (de lesa majestad)” (2013, p. 298). Se trata de una realidad psíquica, que posee tanto valor como la realidad fáctica, ya que de allí proviene una angustia de muerte que a menudo aqueja al sujeto. En otras palabras, se trata de una angustia que la mayoría de las veces es producto de la conciencia de culpa, la cual emerge a partir del mencionado deseo hostil de que el otro desaparezca. La hostilidad del mencionado conflicto de ambivalencia presente en todo vínculo, puede participar en la conformación de un duelo patológico, distinción que se realiza en otro apartado de la presente investigación bibliográfica.

Retomando lo conceptualizado por Freud, es posible considerar una doble vertiente ante el problema de representación de la muerte: por un lado, la conciencia informa que la muerte es un hecho constatable en la realidad y constituye una dolorosa certeza; por el otro, el inconsciente no conoce representación de este suceso, es inconcebible la muerte (Vives Rocabert, 2013). Siguiendo la línea de la conciencia, del intento del sujeto por representar la muerte, es importante destacar que la concepción que un sujeto puede tener ante la misma como tal dependerá de la etapa de la vida en que se encuentre, de las significaciones que le haya adjudicado como efecto de su historia y de sus vínculos, de los relatos que circulen en su entorno más íntimo: “La conciencia de muerte es algo que no nos es dado de una vez por todas, sino que se desarrolla en el curso de la vida y adquiere distintas significaciones según transcurre nuestra existencia” (Vives Rocabert, 2013, p. 30). En este sentido, la muerte se caracteriza por ser un indecible, puede haber un intento de elaborar un sentido que pueda funcionar como calmante de la angustia ante la incertidumbre que plantea, pero siempre el conocimiento de la misma será obtenido a partir de la muerte de los otros. Y es por ello que el intento de saber del sujeto resultará siempre limitado. Además, si bien la aptitud para

entender el fenómeno de la muerte ocurre desde los primeros tiempos del sujeto, no es equivalente para el psiquismo que este hecho doloroso ocurra en la niñez o en la adultez. Diversas serán las formas que encuentre el sujeto para su tramitación. Es así que Freud refiere en *Más allá del principio de placer* (2013) que el niño cuenta con el recurso al juego para elaborar la ausencia. Recurso ante aquello que le causa una fuerte impresión y que le permite adueñarse de la situación displacentera. Por otro lado, el adulto podrá evocar otros recursos para dicha tramitación: la palabra, el arte, la escritura.

Continuando con el enigma que constituye la muerte, pueden enunciarse diversos avatares:

Conceptualmente, hay dos tipos de muerte: la inesperada y la anunciada. La muerte anunciada como es el caso de una enfermedad terminal, ayuda a la elaboración del duelo, la muerte inesperada, como un ataque cardíaco, por ejemplo, deja pendientes muchos diálogos y explicaciones que no se pudieron resolver y cuantos más sean éstos, más difícil será el duelo (Moffatt, 2007, párr. 7).

Ante la muerte inesperada, ¿qué sucede cuando estos interrogantes no pueden encontrar una respuesta por parte de la persona amada? ¿Cuál es la relevancia para el psiquismo del trabajo de duelo, en el intento de cercar dichas preguntas? Frente al enigma de la muerte, estos interrogantes pueden operar en el psiquismo como otros enigmas sin viso de resolución. En este sentido, cabe aclarar que más allá del hecho de que la muerte inesperada puede tener la particularidad de presentar vastas cuestiones pendientes sin resolución, es ineludible que un analista pueda despejar la singularidad del vínculo que se ha perdido, sus vicisitudes y particularidades. Presentar en el espacio analítico las cuestiones y palabras que no han podido acaecer con el ser querido, puede ser fundamental para que no acontezca el retorno de lo perdido, de la muerte. Y así el entierro simbólico pueda tener lugar.

Para finalizar este apartado y en consonancia con lo dicho anteriormente, se deja asentada la siguiente cita:

La muerte no posee inscripción en el psiquismo humano, sabemos de ella por lo que nos causa cuando le pasa a otro pero siempre es lo que nos causa y no lo real de esa muerte. Cuando podríamos inscribirla es cuando ya no podemos decir nada de ella, la propia muerte nos deja sin palabras (Sarbia, 2002, párr. 21).

La transitoriedad

Una vez argumentada la concepción del ser humano frente a la muerte, en palabras de la teoría psicoanalítica, se pasa a desarrollar el tema principal de la presente investigación bibliográfica, a partir de un texto de Freud *La transitoriedad* (2013). Este último, al incluir una conceptualización de la teoría del duelo, sienta las bases para poder pensar *Duelo y melancolía* (2013). En otras palabras, el artículo mencionado permite reflexionar sobre cuestiones referidas a lo percedero, al tiempo y a las pérdidas.

El escrito, en principio, aborda una conversación entre Freud y dos compañeros. Conversación que se produce en un paseo por una campiña. En el diálogo surgen cuestiones vinculadas a la belleza transitoria del paisaje que dejan traslucir en el sujeto la exigencia de eternidad de lo bello. En este sentido, los dos compañeros de Freud aducen su preocupación frente al destino de desaparición de la naturaleza contemplada. Ello, tiene como resultado una desvalorización de la belleza a causa de su transitoriedad. Sin embargo, Freud no coincide con sus compañeros y deja asentada su postura frente al tema. Argumenta que la escasez del tiempo y lo percedero no carecen de valor, que la restricción del goce torna al mismo apreciable. Lo bello es independiente de la duración absoluta de un suceso, ¿cuánto tiene que durar un acontecimiento para ser considerado en su belleza?

¿Acaso la perfección tiene relación con la medida cronológica del tiempo? Puede avizorarse además otro interrogante: ¿el sujeto puede culpase, luego de la muerte de un ser querido, cuando concibe que no ha pasado el tiempo suficiente con él? ¿Ello no se vincula al hecho de que considera el valor del encuentro con el otro según la magnitud del tiempo cronológico? En este sentido, la muerte convoca a pensar sobre temas referidos al tiempo que se ha compartido -o perdido- con el ser querido que ya no está en lo real, temas que insisten derivando en una posible emergencia de culpa en el sujeto doliente. En un comienzo todo trabajo de duelo, implica un atravesamiento de los autorreproches como expresión de la culpa, la cual con el curso del tiempo podrá transformarse en otros modos de simbolización de la relación con el objeto amado y perdido.

Continuando con el autor, es importante mencionar que la concepción de los compañeros de Freud está determinada por un factor afectivo. En palabras del autor del texto: “Tiene que haber sido la revuelta anímica contra el duelo la que les desvalorizó el goce de lo bello” (2013, p. 310). Siguiendo en la línea del escrito, a partir de esta afirmación se despliega la concepción del Psicoanálisis frente al duelo.

El autor caracteriza como un gran enigma al duelo, fenómeno de difícil explicación. A pesar de ello, lleva a cabo una aproximación a la elucidación del mismo. A saber, en los comienzos del desarrollo la capacidad de amar (libido) es dirigida hacia el yo y con el pasar del tiempo parte de ella es conducida hacia los objetos. Ante una pérdida de los mismos, el sujeto vuelve a poseer libre la capacidad de amar, viéndose envuelto en la dificultosa tarea de abandonar lo que se perdió. Dicha libido puede tomar otros objetos en calidad de sustitutos o reconducirse de manera temporal al yo. En este sentido, Freud enuncia:

Ahora bien, ¿por qué este desasimiento de la libido de sus objetos habría de ser un proceso tan doloroso? No lo comprendemos, ni por el momento podemos deducirlo de ningún supuesto. Solo vemos que la libido se aferra a sus objetos y no quiere abandonar los perdidos aunque el sustituto ya este aguardando. Eso, entonces, es el duelo (2013, p. 310).

La cita anterior da cuenta de la dificultad del proceso de desasimiento de la libido de sus objetos, dificultad que implica una cuota de dolor. Ahora bien, en el duelo ¿es posible hablar de objeto sustituto al modo de reemplazo del objeto perdido? “Hay una condición que sí es ineludible en un duelo: perder. Y toda pérdida como su nombre lo indica es imposible de sustituir, porque si pudiera sustituirse no sería una pérdida” (Buscaldi, s.f., párr. 7).

Narcisismo

El desarrollo de Freud sobre el duelo en *La transitoriedad* (2013) puede comprenderse a partir de las teorizaciones que dicho autor realiza en *Introducción del narcisismo* (2013). Este último aborda el problema de las relaciones del yo con los objetos a partir de una distinción entre libido yoica y libido de objeto. Además, las consideraciones que se plantean allí son indispensables para el abordaje del escrito del mismo autor *Duelo y melancolía* (2013).

En principio, en el primer apartado, Freud define al narcisismo en estos términos “(...) complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo” (2013, p. 72). En otras palabras, antes de que el sujeto instituya relaciones con los objetos del mundo exterior, es necesaria una investidura libidinal del yo definida como narcisismo primario; la cual se puede comprender en el niño a través de la tendencia de los padres a admirar a su hijo atribuyéndole perfecciones. De esta manera, en dicho vínculo afectivo prima la sobrestimación y cesan las críticas ante el objeto amado. Es así como en el niño se conforma un yo ideal, poseedor de todas las mencionadas perfecciones.

Más tarde, diversas cantidades de investidura libidinal son invertidas en los objetos del mundo exterior, conformándose de esta manera la distinción entre libido yoica y libido de objeto. Es así que para Freud el yo, como imagen unificada del cuerpo, no está presente desde el comienzo sino que tiene que ser desarrollado a partir del narcisismo, el cual constituye un estadio intermedio entre el autoerotismo y la elección de objeto. Tal como se expresó anteriormente, dicho narcisismo es conceptualizado como primario y además es base del narcisismo secundario. Este último es evidente cuando las investiduras de objeto son retiradas del mundo exterior y vueltas al yo propio: “Así, nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario, oscurecido por múltiples influencias” (Freud, 2013, p. 73).

En el segundo de los apartados, Freud propone abordar la teorización sobre el narcisismo a través de la enfermedad orgánica, la hipocondría y la vida amorosa de los sexos. Se desarrollará esta última vía para continuar desplegando las conceptualizaciones referidas al tema.

En el comienzo del desarrollo, los primeros objetos sexuales para el niño son aquellos encargados de proporcionar cuidados, protección y afecto. Es decir, se trata de aquel sujeto que ocupe el lugar de madre para el niño. Este tipo de elección de objeto es llamada de apuntalamiento ya que se produce a partir de la satisfacción de las necesidades que sirven a la autoconservación. Es decir, hay un apuntalamiento de las pulsiones sexuales en las pulsiones yoicas, estas últimas ligadas a la conservación del niño. Entonces, por un lado, la elección de los posteriores objetos sexuales puede realizarse a partir del modelo de la persona encargada de satisfacer los primeros cuidados. Sin embargo, hay otro tipo de elección de objeto llamada narcisista, elección que se produce sobre la base del narcisismo primario. Es decir, se eligen los objetos de amor según el modelo de la persona propia: se ama a lo que uno es (yo), a lo que uno mismo fue (yo ideal), a lo que uno querría ser (ideal del yo) y a la persona que formó parte del sí mismo (hijo). Cabe mencionar que una elección narcisista implica que el objeto ocupa un lugar importante en el sostenimiento de la identidad y de la estima, es decir, esta elección cumple con funciones narcisistas para el sujeto (Lerner, 2019). Así, es posible enunciar una predominancia del papel del otro en las relaciones de objeto narcisistas. Teniendo en cuenta lo anterior, Freud refiere que todo sujeto tiene la posibilidad de elegir entre estos dos modelos de la elección de objeto.

En relación a lo planteado, Freud argumenta que una cuota del narcisismo de los sujetos debe ser resignada a fin de amar a otros. Es preciso que la investidura libidinal del yo no sobrepase ciertos límites: “Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar” (Freud, 2013, p. 82).

Ahora bien, en el tercer y último apartado, Freud se pregunta acerca del destino de la libido yoica en los sujetos. Como se señaló anteriormente, una parte de la misma es utilizada a fin de investir libidinalmente a los objetos. Pero, una parte de ella aparece desplazada a un nuevo yo ideal en reemplazo del yo ideal que el niño alguna vez fue. Entonces, el sujeto procura recobrar el narcisismo que perdió en su infancia producto del juicio propio y de los otros, y lo hace a través de este nuevo ideal:

Y sobre este yo ideal recae ahora el amor de sí mismo de que en la infancia gozó el yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas. Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó alguna vez (Freud, 2013, p. 91).

En vinculación con lo antedicho, ¿cómo cuidar el cumplimiento de la satisfacción narcisista que proviene del ideal del yo? Freud enuncia que existe una instancia psíquica encargada de ello, la cual observa constantemente al yo actual con el fin de que este pueda estar en consonancia con el ideal. Esta instancia, que es caracterizada como censuradora, recibe el nombre de consciencia moral; la misma puede ser entendida a través de la interiorización del juicio que el niño recibe de sus padres y de los otros. Entonces, el desarrollo del yo puede ser pensado a través de la aspiración del sujeto a recobrar el narcisismo perdido a partir del cumplimiento del ideal, aspiración que nunca es efectuada de manera total sino parcial. Ahora bien, luego del desarrollo de conceptos como narcisismo e ideal del yo, es importante argumentar la presencia en los sujetos de un sentimiento de sí, ligado a la valoración del yo. Una parte del mismo proviene del narcisismo primario, otra es producto de las satisfacciones que nos provee el cumplimiento del ideal del yo y por último hay que mencionar la satisfacción otorgada a través de la investidura libidinal de los objetos. Esta última solo es posible cuando el objeto amado restituye al sujeto una parte del narcisismo resignado, es decir que solo cuando es amado, el sentimiento de sí puede ser elevado. Ahora bien, ¿qué sucede cuando dichos objetos de elección deben ser resignados? Se puede responder a dicho interrogante a través de un texto ya mencionado, *Duelo y melancolía* (2013). Asimismo, es posible ir enunciando que la instancia de la pérdida trastocará el narcisismo constituyente del sujeto de donde emergerán interrogantes tales como: ¿y ahora como sigo sin él o ella? ¿Por qué esto me sucede a mí? (Garo, 2015).

Duelo

En un debate realizado en 1910 en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, Freud destaca la importancia de hacer una comparación entre los estados normales de duelo y la melancolía (Strachey, 2013). Para abordar el trabajo de duelo, se pasa a desarrollar el texto primordial de Freud referente a la temática: *Duelo y melancolía* (2013), el cual sienta las bases para una distinción clínica de los procesos psicológicos mencionados. Además, para pensar este tema, es imprescindible considerar los conceptos de narcisismo e ideal del yo formulados por Freud en *Introducción del narcisismo* (2013). Asimismo, se tienen en cuenta los aportes de otros psicoanalistas, atinentes a la temática.

Para comenzar, Freud utiliza las siguientes palabras: “El duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (2013, p. 241). En dicha conceptualización se hace evidente que el duelo inevitablemente implica una reacción normal -aspecto fundamental- ante una pérdida de carácter consciente, sea de naturaleza ideal o real. Además, Freud refiere que el objeto perdido debe tener una gran importancia para el sujeto doliente, ya que de lo contrario no se podría pensar en un trabajo de duelo. En relación a esto último, se destaca la emergencia de un grado de idealización del objeto perdido (Edelman, Waisbrot, Pérez, 2007). Freud refiere en *Introducción del narcisismo* que “la idealización es un proceso que envuelve al objeto; sin variar de naturaleza, este es engrandecido y realzado psíquicamente” (2013, p. 91). De dicha teorización se deduce que el objeto amado cobra un valor acrecentado al momento de su pérdida, valor que da cuenta de la importancia que ocupaba lo perdido en la historia del sujeto. De este modo, es necesario un interrogante: ¿qué significación tenía el objeto perdido para el sujeto?

Ahora bien, ¿cuáles son las características de este proceso normal? En primer lugar, se destaca la desazón del sujeto. En segundo lugar, pérdida del interés por el mundo exterior ya que el mismo está puesto en el objeto perdido. En tercer lugar, pérdida de la capacidad del sujeto para amar, es decir, para investir libidinalmente otros objetos. Por último, la pérdida de la realización de trabajo productivo en la vida del sujeto doliente. En suma, todas estas características conciernen a pérdidas que establecen alteraciones en la vida cotidiana; el

mundo del doliente se ha vuelto pobre y vacío. En otras palabras, se observa la existencia de una inhibición del yo producto del trabajo de duelo, inhibición que solo permite al sujeto ocuparse del difunto. Asimismo, esta noción de inhibición es trabajada por Freud con más detenimiento en *Inhibición, síntoma y angustia* (2013), escrito que aduce que la misma puede ser definida como limitación en las funciones que realiza el yo y que no puede ser considerada patológica. Entonces, es preciso evitar patologizar y respetar los tiempos subjetivos propios del sujeto, cuando este no posee la energía para emprender determinada actividad. Aspecto esencial a destacar para una consideración del duelo como trabajo normal de un sujeto:

Si el yo es requerido por una tarea psíquica particularmente gravosa, verbigracia un duelo (...), se empobrece tanto en su energía disponible que se ve obligado a limitar su gasto de manera simultánea en muchos sitios, como un especulador que tuviera inmovilizado su dinero en sus empresas (Freud, 2013, p. 86).

En relación a lo anterior, ¿en qué consiste el mencionado trabajo que insume todas las energías disponibles del sujeto? En este punto es fundamental retomar el interrogante que plantea la presente investigación bibliográfica: ¿de qué manera se lleva a cabo el trabajo de duelo por parte del sujeto ante la muerte de su objeto de amor? Es conveniente dejar planteadas las acepciones de los siguientes términos utilizados en dicho interrogante, para arribar a una comprensión del tema; en primer lugar, el término *cabo* posee como uno de sus designios según la Real Academia Española “cada uno de los extremos de las cosas” (s.f., definición 1). Y en segundo lugar, en el diccionario mencionado se incluye la expresión *llevar a cabo* como “ejecutarlo, concluirlo” (s.f., definición 1). Entonces, *llevar a cabo* indicaría que ante la muerte de un objeto amado, se desplegaría un proceso en el que solo al término -al extremo- del mismo concluiría la elaboración de la pérdida. En este sentido, el trabajo de duelo puede ser pensado en términos de trayecto, camino a transitar, en el que solo al final del mismo se deja atrás el dolor intenso por la pérdida del objeto amado.

Por otro lado, es importante destacar para la clínica psicoanalítica la importancia del concepto de trabajo en la obra de Freud. A lo largo de la misma se hace referencia al trabajo del sueño, del síntoma, del duelo. “Trabajo de ligadura, de emplazamiento, de conexión, de des-composición y re-composición; en suma, trabajo de análisis” (Faccendini y Zuliani, 2018, p. 85). Entonces, el trabajo es condición necesaria e ineludible para la elaboración de un duelo. Trabajo que es exigido al aparato psíquico que consiste en transformar y ligar la energía psíquica que llega al mismo, con el fin de evitar una estasis libidinal y en consecuencia un duelo patológico o melancolía (Laplanche y Pontalis, 1996). Este estancamiento libidinal es señalado por Freud en el ya mencionado escrito *Introducción del narcisismo* (2013), al formular su teoría de la libido y las posibles consecuencias que se derivan de la ausencia de elaboración psíquica en el sujeto.

Para Freud, este trabajo consiste en sobreinvertir los recuerdos vinculados al objeto perdido de tal manera que por un tiempo el sujeto se ocupe principalmente de este proceso. Entre tanto, el examen de realidad deja en evidencia que aquello amado ya no existe. El sujeto, por ejemplo, visita la casa perteneciente al ser querido y se impone la evidencia de que ya no está habitada por el mismo. Allí es cuando se vuelve preciso el trabajo de quitar la libido del objeto para que el sujeto restablezca su capacidad de amar; trabajo en el que hay una renuencia a acatar la orden del examen de realidad y que por lo tanto se realiza pieza por pieza, que no es sin dolor y sin tiempo. El duelo tiene su impronta en el conflicto entre la aceptación y negación de la pérdida, solo después de un arduo trabajo se impone el principio de realidad (Edelman, et al., 2007). Ahora bien, Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (2013) continúa destacando la preminencia de dicho examen de realidad: “el duelo se genera bajo el influjo del examen de realidad, que exige categóricamente separarse del objeto

porque él ya no existe más” (2013, p. 160). Surgen algunos interrogantes a partir de lo enunciado por Freud, cuestiones a indagar más adelante ¿qué relevancia posee el examen de realidad en los primeros tiempos de un trabajo de duelo? ¿Pueden presentarse alucinaciones referidas al objeto perdido?

Por otro lado, se destaca la necesidad de respetar los tiempos subjetivos, propios, en esta elaboración. En los momentos iniciales, puede suceder que se nombre a lo perdido en tiempo presente.

Esto indica que el objeto no está aún perdido para el yo, que está en proceso de, en proceso de perderse. El uso de los tiempos verbales en algunos enunciados del doliente da cuenta del estatuto de la pérdida para el sujeto (Faccendini y Zuliani, 2018, p. 87).

Entonces, confundir el tiempo pasado con el presente al momento de hablar del objeto que ha muerto, es un indicador del momento de duelo en que se encuentra el sujeto, del cual puede servirse el analista en su escucha.

Otra consideración importante a destacar en el trabajo de la clínica, es la vinculada al tema de los sueños. Estos son indicadores importantes que dan cuenta del tiempo del duelo en que se encuentra un sujeto cuando acude a su espacio analítico. Lo típico de ellos, en el trabajo de duelo, es la oscilación entre el carácter de presencia y ausencia, vida y muerte, que presenta el objeto perdido. En este sentido, puede darse la situación de que el objeto perdido -en carácter de presencia y ausencia- esté presente en el contenido del sueño manteniendo una conversación con el sujeto doliente (Faccendini y Zuliani, 2018). Los sueños constituyen una guía invaluable en el análisis, permiten emprender el curso del trabajo de duelo o bien continuar con el mismo donde este pudo haber quedado congelado, hacer consciente lo inconsciente. Olson (2010) afirma: “Los sueños, durante el duelo, sirven como una guía en el camino del dolor psíquico. Nos muestran las pistas del proceso de duelo, dónde se encuentra, hacia dónde se dirige y cuál es el trabajo que todavía se debe realizar” (Citado en Zutelman, 2020, párr. 32). Entonces, el dolor por la pérdida puede acaecer a través de un sueño enunciado por el sujeto en su espacio analítico, recurso a tener en cuenta por el analista como motor del trabajo de duelo.

Por otro lado, retomando la consideración de que el trabajo del duelo implica una cuota de dolor, es pertinente considerar el *Manuscrito G. Melancolía* (1985), el cual es una de las cartas de Freud dirigidas a Fliess. En el apartado VI del mismo se señala el dolor como consecuencia de la inhibición psíquica luego de una pérdida. Dicha inhibición es entendida como falta de asociaciones en el psiquismo que tiene por efecto una herida manifestada como dolor. “Como si fuera por hemorragia interna se genera un empobrecimiento de excitación, del reservorio libre, que se da a conocer en las otras querencias y operaciones” (Freud, 1985, p. 103).

Más tarde, en la obra de Freud *Inhibición, síntoma y angustia* (2013), se deja asentado que frente a una pérdida de objeto, el dolor es la reacción genuina frente a la misma. Al finalizar un duelo se espera la atenuación progresiva del dolor, la cual es producto de la elaboración psíquica que realiza el sujeto doliente, es decir, del trabajo de duelo (Laplanche y Pontalis, 1996). La desazón no es tal cuando se trata de evocar la memoria del difunto, evocación que instituye un proceso activo, que permite elaborar la pérdida frente a la cual el sujeto quedó ubicado en un lugar de pasividad. El duelo, es eso, conservar la memoria del objeto perdido el mayor tiempo posible. Solo después, el sujeto recuperará su capacidad de amar.

Además del dolor, Freud señala en el mencionado escrito que existen otras sensaciones de carácter displacentero: angustia y duelo. Tratando de marcar una distinción entre las mismas, emprende un desarrollo en el cual destaca que la angustia debe entenderse como reacción frente al peligro que conllevaría la pérdida del objeto amado y ante el peligro de

perder al objeto mismo. En principio, la condición de angustia viene determinada por la pérdida de percepción, equiparada en los primeros tiempos del desarrollo del sujeto a una pérdida de objeto. Más tarde, es evidente la angustia frente al peligro de perder el amor del objeto amado. Ello sitúa una diferencia con el dolor que emerge cuando la pérdida ha ocurrido, dolor presente desde los comienzos del desarrollo cuando el niño añora a su madre producto de su eventual ausencia. El dolor se presenta debido a la dificultad del lactante de discernir una ausencia temporaria de una pérdida duradera, lo que en consecuencia caracteriza esta situación como traumática, ya que el niño experimenta una tensión de necesidad que debe ser aminorada por su madre. Es así que ante el aumento de tensión, el niño experimenta una investidura añorante vivenciada como dolor.

Avanzando en la teorización, Freud da cuenta de que el dolor corporal ocurre ante la emergencia de un estímulo continuado que perfora la protección antiestímulo del psiquismo, frente a lo cual son ineficaces las acciones motrices que erradicarían la fuente de dolor. A raíz de ello se plantea una investidura narcisista del lugar del cuerpo del cual proviene el afecto de dolor, produciendo así el retiro del interés y del amor de todo aquello que no tenga vinculación con el sufrimiento del sujeto. Ahora bien, existe una similitud de dicho estado con el dolor psíquico ya que este es producto de una investidura añorante del objeto perdido, la cual no cesa y crea las mismas condiciones económicas que la mencionada investidura narcisista del órgano doliente. De esta manera, el duelo plantea una vinculación con el dolor que adviene frente a la separación del ser querido.

Por otro lado, teniendo en cuenta que el recuerdo atempera el dolor, surge la pregunta ¿por qué evita el entorno que el sujeto doliente piense en la pérdida? Hay que destacar la importancia que tiene el entorno para acompañar y facilitar el trabajo de duelo o, lo contrario, dificultar el curso de los recuerdos en el sujeto (Faccendini y Zuliani, 2018). Frente a este hecho, es ineludible propiciar espacios que habiliten el habla y no la censuren. Duelar junto a otros, aunque este trabajo sea propio del sujeto.

Por otra parte, considerando que el duelo es una reacción normal, Freud destaca que no es necesario un tratamiento del mismo, al contrario, podría ser inoportuno perturbarlo. Sin embargo, queda abierto un interrogante ¿el espacio analítico puede propiciar la elaboración del trabajo de duelo? ¿Puede constituir una diferencia el acompañamiento del analista? Como se señalará más adelante, la presencia del analista en un trabajo de tal magnitud como lo constituye el duelo, puede operar como acompañamiento en ese recorrido que es del sujeto y que conlleva inevitablemente dolor: “Un psicoanálisis no comienza sin afecto: el sufrimiento que afecta, el dolor, el “no va más”, un imposible de soportar, lo real” (Bertholet, 2006, p. 51) (las comillas son del autor).

Ahora bien, este trabajo de duelo puede tener otro curso, alejándose del proceso normal. La melancolía, explica Freud, también es la reacción frente a una pérdida. Sin embargo, la misma es de carácter inconsciente. Hay una inhibición del yo que muestra un carácter enigmático ya que no se puede vislumbrar cual es la pérdida que absorbe al sujeto. Además, no se puede concebir en todos los casos de melancolía que la persona amada se ha perdido a causa de su muerte. Freud refiere que en la mayoría de las veces dicha pérdida es producto de un fuerte desengaño o afrenta en el vínculo de amor.

En la melancolía se perciben todas las características anteriormente mencionadas para el trabajo de duelo, sumándose un rasgo: perturbación y rebaja del sentimiento de sí que tiene su expresión en autorreproches. En este caso, marcando una diferencia con el duelo normal, el yo se ha vuelto pobre y vacío. El sujeto se describe como indigno, despreciable y merecedor de castigos. “Siguiendo la analogía con el duelo, deberíamos inferir que él ha sufrido una pérdida en el objeto, pero de sus declaraciones surge una pérdida en su yo” (Freud, 2013, p. 245).

Ahora bien, ¿cómo explica Freud ésta pérdida en el yo? Para ello, enuncia que en primer lugar hubo una elección de objeto que debió resignarse producto de una afrenta o

desengaño proveniente de un objeto de amor. En esta situación, la libido en lugar de mostrar su resistencia a abandonar al objeto amado, se muestra lábil. La investidura de objeto es cancelada y no se desplaza hacia uno nuevo, sino que regresa al yo del sujeto. De esta manera, “la sombra del objeto recae sobre el yo” (Freud, 2013, p. 246), la libido es utilizada en calidad de identificación del yo con el objeto resignado. Es así que se hace evidente una escasa distinción entre el yo y el objeto perdido.

Avanzando en la teorización, Freud explica que esta parte del yo identificada con el objeto es juzgada por una instancia particular. Ahora bien, para entender el proceso de la melancolía, es pertinente mencionar que la instancia psíquica del yo no es unificada. Tal como se dejó asentado en el apartado sobre narcisismo, una parte del yo es definida como consciencia moral, la cual es la encargada de someter a crítica a la parte restante del yo. Es a partir de esta instancia que adquiere sentido el desagrado moral que experimenta el yo en la melancolía, ya que los autorreproches mencionados en realidad se pueden entender como querellas dirigidas al objeto perdido. “De esta manera, la pérdida del objeto hubo de mudarse en una pérdida del yo, y el conflicto entre el yo y la persona amada, en una bipartición entre el yo crítico y el yo alterado por identificación” (Freud, 2013, p. 247).

Retomando un poco más el ya mencionado apartado sobre narcisismo, en la melancolía se infiere una elección de objeto narcisista la cual es resignada por una identificación. En palabras de Freud “la identificación es la etapa previa de la elección de objeto y es el primer modo, ambivalente en su expresión, como el yo distingue a un objeto” (2013, p. 247). Esto quiere decir que frente a un desengaño proveniente del objeto de amor, la libido no ofrece resistencia y vuelve al narcisismo primario del sujeto. En consecuencia, el vínculo de amor no es resignado como debería esperarse en un duelo normal. Cabe destacar que también se produce una regresión a la fase oral, lo cual explica el hecho de que la identificación se produzca vía la incorporación del objeto. Para expresar este mecanismo Freud utiliza las siguientes palabras: “Querría incorporárselo, en verdad, por la vía de la devoración, de acuerdo con la fase oral o canibática del desarrollo libidinal” (Freud, 2013, p. 247).

Por otro lado, la identificación narcisista no es el único destino de la investidura de amor. Esta última sufre una regresión hacia la fase anal, es decir, a la etapa del sadismo. Ello puede explicarse a través del conflicto de ambivalencia presente en la elección de objeto, el cual es visible a partir del automartirio de la melancolía. A partir de dicha autopunición se puede inferir, como se dijo antes, que en realidad el odio va dirigido hacia el objeto.

Siguiendo con lo anterior, el conflicto de ambivalencia también es característico de la disposición a la neurosis obsesiva. Esto quiere decir que en este caso, frente a una pérdida puede devenir un duelo patológico, visible a través de la culpa que el sujeto se atribuye frente a la muerte de un objeto amado. Al igual que en la melancolía, esta autopunición encubre la hostilidad dirigida al objeto.

Por otro lado, una distinción muy importante a considerar en la clínica psicoanalítica, es la inclinación al suicidio presente en la melancolía. En el texto ya mencionado *Duelo y melancolía* (2013), se señala que ello puede suceder a través de la regresión de la investidura de objeto al narcisismo primario y del sadismo producto del desengaño. Sadismo que es vuelto al yo, cuando este puede tratarse a sí mismo como a un objeto, específicamente, el objeto perdido. “Yo es otro, se trata de ser uno con el objeto. Esto explicaría, sería una forma de pensarlo, por qué cuando mata al objeto el melancólico se mata a sí mismo, porque él es el otro” (Faccendini y Zuliani, 2018. p. 100).

Para sintetizar el cuadro de la melancolía, Freud refiere que el mismo se comporta como una herida abierta. Ello explica las dificultades del sujeto para dormir, el rechazo de los alimentos y la gran dificultad en aferrarse a la vida. Herida que requiere de la intervención y acompañamiento del analista, de los otros cercanos, para que el yo recobre el sentimiento de sí, disminuido por la melancolía.

Freud mostró la gradación existente entre el duelo normal, los duelos patológicos (el sujeto se considera culpable de la muerte ocurrida, la niega, se cree influido o poseído por el difunto, cree padecer la misma enfermedad que produjo la muerte de éste, etc.) y la melancolía. De un modo muy esquemático podría decirse que, según Freud, en el duelo patológico pasa a primer plano el conflicto ambivalente; en la melancolía se pasa a una etapa suplementaria: el yo se identifica con el objeto perdido (Laplanche y Pontalis, 1996, p. 460).

Otro punto importante a precisar para la comprensión de esta gradación existente entre el trabajo de duelo, los duelos patológicos y la melancolía es el referido al concepto de trauma. Freud enuncia en *Más allá del principio de placer* (2013) que un acontecimiento displacentero que emerge como sorpresivo, debido a su inmediatez, puede constituir un trauma que asedia de manera continua al sujeto. En este sentido, debido al carácter de sorpresa y las altas cantidades de energía que afluyen al psiquismo, el acontecimiento se vuelve inasimilable para el sujeto. El estado de terror vivenciado deja como efecto el debilitamiento de las operaciones anímicas. A su vez, en *Inhibición, síntoma y angustia* (2013), Freud señala al trauma como un suceso de desvalimiento, momento en el cual no aparece la expectativa de peligro señalada por la emergencia de angustia del sujeto. El desvalimiento psíquico es notorio. Frente a ello, el sujeto se verá en la tarea de ligar psíquicamente las grandes cantidades de excitación para su tramitación, para evitar la repetición de dicho acontecimiento traumático. Después de dicha elaboración, el trauma dejará de constituir en el psiquismo un elemento de fijación.

En relación al duelo, ¿cuándo la muerte de un ser querido puede constituir un acontecimiento traumático? Este interrogante convoca a pensar en que no hay duelo por fuera de sus vicisitudes: "(...) la diversidad y multiplicidad de reacciones posibles frente a una pérdida que un sujeto puede asumir, según la posición subjetiva del mismo, según el objeto de que se trate, según las circunstancias o momento particular de su existencia (...)" (Garo, 2015, p. 92). Cuando una pérdida como acontecimiento constituye un trauma, sus efectos serán diversos: duelo patológico, melancolía, depresiones. Cualquiera que sea la forma que tome la repetición del sufrimiento doloroso, el mismo da cuenta de la falta de recursos simbólicos en el sujeto para realizar un trabajo de duelo que derive en una inscripción de la pérdida.

En definitiva, es posible enunciar que estos desarrollos permiten hacer una distinción en la clínica psicoanalítica que derivará en diferentes formas de abordar un duelo normal, un duelo patológico o una melancolía.

Asimismo, es posible enunciar que no hay duelo exento de patología, ya que no es posible hablar de un éxito contundente frente a la tarea de desasirse de lugares tomados por el amor. Ello se vincula al hecho de que al contrario de lo que enunciaba Freud, todo duelo puede entañar elementos inconscientes vinculados al objeto perdido (Edelman, et al., 2007). Ante ello surgen algunos interrogantes: ¿Es posible que un sujeto posea plena consciencia de todo lo que atañe a las sucesivas pérdidas en su vida? ¿Puede haber restos inconscientes que no sean tocados por la elaboración del duelo? En este sentido, la muerte de la persona amada cobra carácter consciente, no así todo lo que esa pérdida como tal implica para el sujeto.

En relación a lo anterior, la presencia de elementos inconscientes en la pérdida de un objeto amado se vincula a lo enunciado acerca del interrogante sobre el papel del examen de realidad como motor del trabajo de duelo. Debido a que el objeto amado cobra una singular significación para el sujeto es posible inferir que el trabajo de duelo no puede ser concebido meramente como el acatamiento a la realidad, la cual devela la falta: "(...) El trabajo del duelo no puede ser consecuencia de un examen de realidad o de un juicio (de atribución de existencia), entendido como una operación del yo. Aquello que desapareció, que murió, tiene alcances insospechados e ignorados por el yo" (Merino, 2017, p. 152). En este sentido, la

evidencia en la realidad de la ausencia del ser querido es un paso en el proceso de subjetivación de la pérdida, pero no constituye todo el trabajo de elaboración simbólica. Y situar la comprensión y el saber por parte del analista sobre lo que el sujeto perdió con el objeto obtura el delineamiento de la falta (Eisenberg, 2008). La realidad fáctica posee alcances y límites en este proceso, es así que es imprescindible el trabajo sobre la realidad psíquica del sujeto.

Siguiendo con la presencia del examen de realidad, es pertinente mencionar los enunciados de un psicoanalista francés, Jean Allouch. Este autor refiere que Freud olvida mencionar un fenómeno bastante recurrente en los sujetos en duelo: estos creen ver en la realidad al ser amado, con la ilusión del reencuentro, de un abrazo. Alucinación que no dura más que un momento, cuando el sujeto da cuenta de que el rasgo percibido en verdad no remite al objeto perdido. Dichas alucinaciones no podrían ocurrir si la ausencia del objeto en lo real estuviera delineada. Al comienzo, expresa, el muerto es un desaparecido que podría reaparecer en cualquier instante. Cuando recibimos la noticia, es una regla el descreer la misma, no le adjudicamos valor de verdad. Es así que Allouch refiere que el duelo es una experiencia de pérdida de realidad: "(...) la realidad para quien está de duelo justamente ya no puede constituir una prueba. En lo sucesivo, conforme a su naturaleza plantea preguntas" (2014, p. 74). Es pertinente considerar que al comienzo de un trabajo de duelo, pueden experimentarse ciertas vivencias de pérdida de realidad, las cuales no constituyen una psicosis alucinatoria de deseo. Allouch refiere que el sujeto doliente realiza un pasaje desde la experiencia de desaparición del objeto de amor, en la cual la realidad no constituye una prueba, hasta la comprobación de la inexistencia del ser querido. Entonces, es fundamental no crear etiquetas patologizantes en un proceso tan dificultoso en la vida de un sujeto, como lo es la muerte de otro amado. Cada quien podrá transitar este trabajo de acuerdo a sus recursos simbólicos, su historia, sus vínculos. La irreversibilidad del duelo, empuja a un arduo trabajo. Y Freud dejó asentado un desarrollo teórico ineludible para comprender los duelos. Tener en cuenta los aportes de este autor, considerando las teorizaciones de psicoanalistas posteriores al mismo es fundamental en la formación del analista, para repensar no solo las pérdidas en las vidas de sus analizantes, sino primordialmente las atinentes a su historia: ¿cómo pensar el trabajo del analista sin la elaboración de sus propias pérdidas?

Identificación

El mecanismo de la identificación cobra un valor importante en la teoría psicoanalítica para pensar el duelo. Son imprescindibles dos escritos de Freud en este abordaje: *Psicología de las masas y análisis del yo* (2013) y *El yo y el ello* (2013). Como se mencionó anteriormente, ya en *Duelo y melancolía* (2013), Freud había señalado la naturaleza de la identificación.

Freud refiere en *Psicología de las masas y análisis del yo* (2013) que la identificación primaria es el mecanismo primario de ligazón afectiva con un objeto y constituye un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. Dicho papel es comprendido a través de entender a la identificación como precursora y preparadora de la elección de objeto, específicamente, de los objetos parentales. "La identificación primaria sería una de esas construcciones míticas que Freud realiza y que le permite explicar una posición inicial, una posición fundante e inaugural" (Faccendini y Zuliani, 2018, p. 50). Entonces, es posible hablar de una construcción mítica en la cual, en palabras de Freud, se toma al padre como ideal; ello puede ser pensado a través del mito de la horda primordial postulado por Freud en *Tótem y Tabú* (2013), mito que pretende dar cuenta de la conformación de una horda a cargo de un padre despótico poseedor de un goce sin límites. A partir de este hecho, los hermanos se juntan en comunidad para dar muerte al padre, dando lugar a la emergencia de una identificación con él por la vía de la incorporación. A raíz del temor de tener el mismo

destino, los hermanos tomaron al padre como ideal y establecieron la prohibición de ocupar el lugar vacío que una vez habitó el padre de la horda. Lugar vacío que permite pensar la conformación del totemismo en la sociedad, el establecimiento del lazo social y, por lo tanto, la elección de objeto posterior a la denominada identificación primaria.

¿Por qué es importante teorizar acerca de la identificación primaria? Lo es debido a que la misma permite pensar el establecimiento de identificaciones secundarias, tema ineludible para pensar el duelo en el devenir de la historia del sujeto. En palabras de Freud, “la identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación” (2013, p. 100). Ello permite pensar que sucede cuando el sujeto se ve llevado a renunciar a un objeto amado; este trabajo es posibilitado cuando el yo incorpora mediante el mecanismo de la introyección, características referentes al objeto perdido, lo cual permite calificar a la identificación como parcial. El sujeto toma un rasgo único del objeto perdido que le permite elaborar la pérdida. Entonces, el concepto de identificación habilita una pregunta: cuando el objeto amado muere ¿qué del otro habita en carácter de rasgo en el sujeto? Y además ¿hay algo que muere en el sujeto con la muerte del objeto amado? ¿Qué perdió con aquel objeto perdido? En este sentido, es posible plantear un juego de ganancias y pérdidas a partir del trabajo de duelo. Perder para ganar un rasgo que remite a aquello que es amado. En vinculación con lo anterior, Freud refiere en *El yo y el ello* (2013) que la sustitución de una elección de objeto por una identificación es un proceso frecuente en la vida de un sujeto, participa en la conformación y el carácter del yo. En este sentido, “el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto” (2013, p. 31). Es mediante este proceso que se esclarece el narcisismo secundario explicado por Freud en *Introducción del narcisismo* (2013).

La resignación de las primeras elecciones de objeto -los objetos parentales- y su sustitución por una identificación, deriva en la conformación de una parte del yo a la que Freud denomina ideal del yo o superyó. Dichas identificaciones refuerzan a la anteriormente denominada identificación primera y tienen por lo tanto, efectos duraderos en el sujeto. Efectos que atañen a la prohibición interiorizada del cumplimiento de los deseos provenientes del complejo de Edipo, prohibición que permite dar cuenta de la consciencia moral del sujeto. Como representante de la influencia parental, “el ideal del yo es, por lo tanto, la herencia del complejo de Edipo y, así, expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del ello” (Freud, 2013, p. 37).

Teniendo en cuenta que en la conformación del yo cumplen un papel importante las identificaciones, es posible pensar que la estructuración psíquica se constituye a partir de pérdidas. El duelo es estructurante y condición necesaria para la constitución del psiquismo. A medida que se van perdiendo objetos en la vida, ello obliga al sujeto a realizar una organización de su psiquismo que derivará en una mayor complejidad del mismo (Lerner, 2019). De este modo, ¿el duelo solo tiene que ver con el final, específicamente asociado a la muerte? ¿O puede pensarse el trabajo de duelo en el comienzo de la constitución del psiquismo? Avizorando una respuesta posible, este trabajo puede ser pensado como parte de un inicio que atañe a la emergencia de un sujeto; además de su vinculación notoria con la muerte, el final, la finitud.

Duelo y cultura

Se dejó asentado que el yo es conformado por identificaciones provenientes de los objetos perdidos, es así que se entiende que “El yo es la parte del ello alterada por la influencia del mundo exterior” (Freud, 2013, p. 27). Además, para pensar el duelo, es pertinente tener en cuenta que en lo cotidiano el yo sufre amenazas que lo enfrentan a un peligro proveniente del mundo exterior. Esto da cuenta de uno de los vasallajes del yo, postulados por Freud en

El yo y el ello (2013). En este sentido, es posible concebir que en el devenir del sujeto las pérdidas por la muerte de alguien amado constituyen una fuente de sufrimiento.

Lo dicho anteriormente, lleva a pensar que es lo que Freud dejó establecido acerca de la cultura y las fuentes de sufrimiento provenientes de la misma. En *El malestar de la cultura* (2013), Freud deja asentado que el desarrollo del sujeto en la cultura se presenta como un conflicto entre egoísmo y altruismo, es decir, aparece la tarea de una negociación entre dos aspiraciones: dicha individual y ligazón a la comunidad. Además, el autor plantea que existen tres fuentes de sufrimiento para el ser humano: el cuerpo, el mundo exterior y los vínculos con otros. En este último caso, "Al padecer que viene de esta fuente lo sentimos tal vez más doloroso que a cualquier otro" (Freud, 2013, p. 77). Para entender lo dicho por Freud, esta teorización implica la ampliación de lo que el autor había nombrado tiempo antes como dolor en *Inhibición, síntoma y angustia* (2013) y que ahora denomina sufrimiento. Estas fuentes del padecer no pueden ser pensadas en un sentido psicopatológico ya que el estar en el mundo incluye reiteradas veces un sufrimiento inherente a la vida (Edelman, et al., 2007). El duelo por la muerte de un sujeto amado no es sin sufrimiento y constituye uno de los hechos más dolorosos que debe enfrentar el ser humano.

Ahora bien, existen calmantes para atemperar el sufrimiento: distracciones, satisfacciones sustitutivas y sustancias embriagadoras. Todos ellos para soportar los dolores y desengaños que plantea la vida, como si el sujeto tratara de evitar el sufrimiento sin elaboración simbólica. Quitapenas que brindan una promesa de felicidad al modo de restituirle una parte del sufrimiento. Es tal la promesa, que la cultura los concibe como un bien preciado que permite a los sujetos evitar la realidad por un momento, para guardarse en el mundo propio. Porque "nunca estamos menos protegidos contra las cuitas que cuando amamos; nunca más desdichados y desvalidos que cuando hemos perdido al objeto amado o a su amor" (Freud, 2013, p. 82).

En relación a lo anterior, ese desvalimiento y desdicha se encuentra coartado en la cultura actual. Es imperioso que el dolor por la muerte de un ser querido desaparezca lo más pronto posible para seguir el curso de la vida. Y así las sustancias funcionan como instrumento para tapar la muerte, de un modo artificial; para que no se hable, no se llore, no se pierda tiempo. El ideal de productividad que se impone al sujeto en la cultura, lo obliga a una promoción de la felicidad. Pero esa dicha anhelada es una imposibilidad ya que la cultura obliga a renunciar a las satisfacciones pulsionales en beneficio de la conformación de la misma. Entonces, ¿es posible la completud de la felicidad?

A lo largo de los tiempos, en la cultura se dio un tratamiento diverso a la muerte de un sujeto amado. Pero lo que parece importante destacar es que en el siglo XX la muerte y el duelo se han convertido en algo prohibido, por ende los rituales anudados a los mismos tienden a desaparecer. La muerte cercana constituye un tabú del que es preferible no hablar, se transmite un deber moral que prohíbe la tristeza y todas sus manifestaciones. Sin embargo, los ritos funerarios son condición para la elaboración de la pérdida ya que permiten una inscripción simbólica de la misma. Por lo tanto, si los mismos se encuentran imposibilitados de realizarse puede haber un detenimiento del trabajo del duelo (Cazenave, 2010). "En lugar de las palabras y signos que nuestros antepasados habían multiplicado para simbolizar la muerte y precipitar el duelo, se difunde hoy en día una angustia difusa y anónima" (Cazenave, 2010, p. 2).

En relación a lo anterior, cabe destacar que la ética que regula a los vínculos es utilitarista, propia del capitalismo. Entonces, ¿qué lugar queda para la elaboración del duelo? La ilusión que constituye evitar el sufrimiento produce efectos insospechados en el psiquismo del sujeto. "Lo que resulta de esta pretendida exclusión de la muerte es en realidad la exclusión de su tratamiento discursivo, por lo cual lejos de quedar excluida, la muerte retorna de los modos más salvajes" (Cazenave, 2010, p. 5).

El tratamiento discursivo sobre la muerte por parte de la cultura puede vincularse a los efectos que ello deja en el psiquismo del sujeto, en tanto es posible pensar que “el rechazo de la muerte es equivalente al rechazo de la castración, ya que ésta constituye el duelo estructural. Lacan plantea que la condición para la elaboración de todo duelo es haber atravesado este duelo estructural” (Cazenave, 2010, p. 5). La clínica del duelo no puede ser pensada sin estas variaciones en la cultura ya que el contexto socio histórico en el que se encuentra el sujeto debe ser considerado como uno de los determinantes en la forma que toma su propio sufrimiento. El lugar y tiempo que ocupe el trabajo de duelo en la vida de un sujeto depende de la cultura de la que forma parte. Y en la actualidad “quien está de duelo deberá ser discreto con su dolor (de eso no se habla) y dinámico en su supervivencia (la vida continua)” (Buscaldi, 2011, párr. 9). Entonces, es preciso recordar que Freud enunció en uno de sus escritos ya mencionados que la psicología individual debe ser pensada también como psicología social.

Duelo y deseo

Luego del despliegue del desarrollo teórico que plantea Freud respecto del duelo, es importante indagar acerca de la elaboración que lleva a cabo Lacan respecto del tema. Este último autor realiza un aporte en la teorización con respecto al duelo que permite entender la función estructural y fundamental del duelo. Para los dos autores mencionados, la falta o castración constituye para la subjetividad el equivalente de la muerte. Esta última puede ser representada de manera limitada por el sujeto a través del acceso del mismo a lo simbólico, es decir, al lenguaje (Faccendini y Zuliani, 2018). Es en este sentido que se destaca el valor que poseen los ritos funerarios para el sujeto ya que operan como un elemento en el intento de inscripción de aquello que se desconoce. Con ello se entiende que la noción de trabajo no solo atañe al psiquismo como planteaba Freud, sino que la intervención de los ritos funerarios deja entrever la importancia que tiene para Lacan la comunidad: “No se lleva adelante el proceso sin la intervención del Logos cuyo soporte es la comunidad, sin menoscabo de que se requiera un margen de soledad, para llevar adelante ese trabajo que le es solicitado al sujeto” (Eisenberg, 2008, p. 94). Y es en estos intentos de representación que algo se puede decir de aquello que obliga a realizar un trabajo de duelo, no alcanzando a un saber completo acerca de la muerte. Es así que Lacan enuncia dos preguntas fundamentales:

A fin de cuentas, ¿a qué están destinados los ritos funerarios? A satisfacer lo que se denomina la memoria del muerto. ¿Y qué son estos ritos sino la intervención total, masiva, desde el infierno hasta el cielo, de todo el juego simbólico? (2015, p. 372).

Hay presencia del juego simbólico porque la muerte presenta interrogantes que no van a poder responderse a partir de la palabra del ser querido. Solo a través del recuerdo, de los sueños, del recurso a la palabra podrá el sujeto llegar a vislumbrar algo acerca de esas preguntas que insisten cuando alguien muere. Preguntas acerca del lugar que se ocupó en la vida del otro ya que “solo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos *Yo era su falta*” (Lacan, 2007, p. 155) (las cursivas son del autor).

Para Lacan, el duelo es primordial para el sujeto ya que se plantea al mismo como estructural. Esto quiere decir que tiene que haber una operación fundamental en el sujeto para que a lo largo de su vida vayan constituyéndose los sucesivos duelos, producto de la pérdida de los objetos. Aquí se hace presente el planteo mencionado anteriormente acerca del carácter fundamental del duelo como estructurante del psiquismo en tanto este autor permite abordar la pregunta acerca de la función del duelo.

¿Qué significado posee esta operación fundamental? Lacan refiere que los sujetos están atravesados por una falta o carencia que permite la inscripción del deseo. Es en este sentido que debe situarse un lugar que opere al modo de causa del deseo, solo después de ello el objeto puede ubicarse como condición del deseo. Ahora bien, la causa como lugar solamente adviene a partir de un duelo, esa es la operación fundamental del mismo. El primer duelo del sujeto se vincula a la resignación de una posición fálica, signada por el hecho de la completud. Falo simbólico que en tanto ausente da cuenta de la alienación significativa del sujeto. Es así que hay una falta de saber delimitada por el hecho de que el sujeto no posee el significante que podría responder a la pregunta por lo que desea, lo cual circunscribe una carencia en el ser y en lo simbólico. “Entonces, la función del duelo es permitir el sacrificio del falo, y eso habilita a que un objeto venga al lugar de ese falo faltante, pero no a sustituirlo” (Faccendini y Zuliani, 2018, p. 154).

En vinculación a lo anterior, ese vacío que instaura el duelo da cuenta de su función, ya que posteriormente podrán ubicarse diversos objetos al lugar de la falta que intentarán responder a la carencia significativa del sujeto. Objetos que al perderse para el sujeto, obligan a realizar un trabajo de duelo. Trabajo que solo es posible a partir de haberse constituido la llamada función del duelo como operación fundamental. “Entonces, el duelo no es solo la movilización de los significantes, sino la respuesta en razón de la insuficiencia de lo simbólico para hacer frente a ese agujero real” (Faccendini y Zuliani, 2018, p. 159).

Estas articulaciones teóricas se anudan en lo que Lacan denominó fantasma, soporte del deseo que establece la relación del sujeto barrado con el objeto que va al lugar de la carencia: $\$ \diamond a$. “En la articulación del fantasma, el objeto toma el lugar de aquello de lo cual el sujeto está privado, o sea, el falo. Eso es lo que da al objeto la función que tiene en el fantasma y lo que permite al deseo, con el fantasma como soporte, constituirse” (Lacan, 2015, p. 345-346).

Siguiendo en la misma línea, el fantasma es un guión que intenta responder con una significación absoluta a la falta en ser del sujeto. En un comienzo el sujeto le pregunta por su propio deseo al Otro, pero este también está marcado por una alienación significativa por lo que no puede responder sino con otra pregunta: *¿che vuoi?* ¿Qué quieres? Ante esta falta, “(...) es necesario introducir el fantasma como un ensayo de respuesta para intentar salir del enigma de ¿qué me quiere el Otro?” (Faccendini y Zuliani, 2018, p. 152). Aquí, la ausencia del significante fundamental en el Otro para responder a nuestra pregunta, muestra su propia impotencia.

A su vez, Lacan define el proceso de duelo en estos términos: “(...) El duelo, que es una pérdida verdadera, intolerable para el ser humano, le provoca un agujero en lo real” (2015, p. 371). Y este agujero deja en evidencia el lugar de la carencia, donde se proyecta la falta del significante. El trabajo de duelo obliga a una puesta en juego de todos los elementos significantes, en el intento de bordear y hacer frente al agujero en lo real. En ello, refiere Lacan, juega un papel importante el grupo y la comunidad como soportes del trabajo a realizar por el sujeto. Entonces, si hay puesta en juego de los significantes ante la muerte de alguien amado, puede haber una transformación de pérdida pura en renuncia. Si el sujeto puede situar qué es lo que se perdió junto al objeto amado, podrá realizar una inscripción simbólica que permite acotar la pérdida, convirtiéndose la misma en renuncia (Faccendini y Zuliani, 2018). Y así, después de un tiempo, podrá el sujeto movilizar su deseo.

Sin embargo, hay que aclarar que para Lacan el deseo se caracteriza por su imposibilidad. Esto quiere decir que el objeto de deseo se encuentra desde un comienzo perdido ya que el mismo es un objeto sin correspondencia a nada que exista. No puede haber sustitución de objeto sin resto, al modo de colmar la ausencia de lo que se perdió. Ello implica una reconsideración respecto de lo dicho por Freud acerca de que el sujeto no puede abandonar el objeto perdido aun cuando su sustituto ya estaría presente en lo real. No es posible leer en este enunciado una restitución ya que es imprescindible que el sujeto “construya el objeto

ajustándose a esa falta de correspondencia, lo que equivale a la subjetivación de la misma” (Eisenberg, 2008, p. 95).

Retomando al psicoanalista Allouch, este interroga la concepción de objeto sustituto como equivalente al objeto perdido. Según este autor, Freud postuló una perspectiva de reemplazo como orientadora del trabajo de duelo, reemplazo que implica que el objeto sustituto podría proveer los mismos goces que el objeto perdido. Sin embargo, “En tanto suscita el deseo, el objeto no podría llamarse sustituible en esencia” (Allouch, 2014, p. 131). Esto retoma el interrogante realizado al comienzo acerca de la posibilidad de enunciación de objeto sustituto. Para quien atraviesa un trabajo de duelo es ineludible perder, en tanto la falta irreversible convoca a una reestructuración de su mundo. Se pierde el lugar que se ocupaba en la relación con el objeto: lugar de pareja, hermano, madre. Y aunque pueda el sujeto volver a ocupar dicho lugar en relación a otro objeto, este ya no será el mismo, no es sustituto de ninguna pérdida. La recreación de la relación con el objeto amado es un imposible. “El trabajo del duelo es un reposicionamiento del sujeto en la cadena de significantes y, por tanto, en su universo simbólico, en su sistema mundo” (Merino, 2017, p. 152). En palabras de Lacan, el desorden del sistema signifiante producto de la pérdida, convoca a un trabajo de duelo para transformar la falta en ausencia.

Poder situar qué es lo que perdió el sujeto implica la posibilidad de construcción de un relato, es decir, de una narración como contenedora del desorden y del dolor por la ausencia de alguien. En esta elaboración radica la importancia del espacio analítico, permitiendo poner palabras a un hecho inesperado que irrumpe con fuerza. El psicoanalista Bion refiere el valor que poseen las ideas familiares como constituyentes de un relato, de una historia que contiene. La ilación de palabras a partir de los diversos sucesos en la vida de un sujeto da cuenta de un acto simbólico (Faccendini y Zuliani, 2018).

La mirada hacia los acontecimientos que ocurren y la manera de historizarlos es una construcción que se realiza en el presente. Como toda construcción singular, lleva el tinte de la subjetividad, la cual elaborará una versión de la historia que el sujeto se cuenta a sí mismo. Pero esa versión depende a su vez de otras historias que convocan a ser reescritas, interpretando a partir de su psiquismo aquello que le cuentan y dejando por fuera determinados acontecimientos. Es así que historizar es un proceso activo realizado a partir de la trama vincular, de los otros; herramienta del sujeto en el momento de elaboración de un duelo. Construcción de un pasado, un presente y un futuro que permite mantener una vivencia de continuidad en el sujeto. El analista, en ese espacio entre dos, acompaña en este proceso permitiendo la producción de sentido sin avasallar, acompañando y tomando los recuerdos del sujeto. Esta elaboración dejará preguntas sin responder -es inevitable que así lo sea- ya que las lagunas en la historia pueden ser simbolizadas solo en parte (Rochkovski, 2007).

Entonces, “el sujeto, como el historiador, tiene que *hacer la historia*. Es decir, tiene que apuntalarse en el pasado, apropiarse de él y transformarlo. Una historia compleja, un entrevero de historias” (Hornstein, 2016, p. 181-2) (las cursivas son del autor). La elaboración simbólica del duelo no puede ser pensada sin la historicidad; implica transitar mediante la palabra los acontecimientos vivenciados en la relación con el objeto y que fueron inscriptos en el psiquismo. Y a su vez, cada sujeto porta una sucesión de pérdidas que se inscriben en el tiempo, con lo cual es posible una construcción a partir de un entre dos: analista y analizante. Historicidad de las pérdidas constitutivas del sujeto.

Siguiendo con la teorización acerca del espacio analítico, se destaca la importancia de distinguir un duelo que sigue su curso de elaboración simbólica de aquella situación en la que se encuentra congelado. Esto quiere decir que suele haber ocasiones en las que el trabajo de duelo puede no haber comenzado en ningún momento o quedarse detenido. Entonces, el despliegue de dicho trabajo por parte del analista es condición para que el sujeto consiga movilizar su deseo y que no cargue al objeto perdido. En este sentido se

puede decir: “(...) si los muertos no se pierden el sujeto mismo se convierte en un muerto” (Faccendini y Zuliani, 2018, p. 97). Movilizar el deseo del sujeto implica aferrarlo a la vida, procurar que no sea arrastrado hacia la muerte. Cargar el objeto perdido implica un gran gasto de energía que no deja lugar para la continuación de la historia de un sujeto.

En relación a lo anterior, Lacan da cuenta de la presencia de acting-out y pasajes al acto como efecto de un trabajo de duelo detenido en el tiempo. En el primer caso, presencia de la repetición de mostraciones y actuaciones en escena que indican un intento de elaboración simbólica. En el segundo, salida de la escena, disolución del sujeto y por lo tanto de la red simbólica. En este sentido, las consecuencias van más allá de las afirmaciones de Freud, consecuencias que están vinculadas a la relación del sujeto con la falta estructural, es decir, con el duelo fundante (Bauab, s.f.). En estos casos, el sujeto no podría responder con las formaciones del inconsciente frente al dolor y la recuperación del deseo se vuelve esencial.

En los casos en que el sujeto cursa una melancolía la posibilidad del pasaje al acto se hace inminente ya que hay riesgo de suicidio. Aquí la pérdida sin renuncia “pareciera una herida abierta que no cicatriza, tal como se nos describe al complejo melancólico (...)” (Faccendini y Zuliani, 2018, p. 144). Por ello, para un acompañamiento al sujeto que funcione como contención, es imprescindible convocar a un trabajo interdisciplinario con otros. Uno de los hechos a tener en cuenta es la indagación de la existencia de suicidio en la familia ya que este puede operar como transmisión generacional, una herencia simbólica a tener en cuenta por el analista. Por otro lado, no toda fantasía de suicidio conlleva un riesgo de muerte teniendo que discernir a través de la escucha cual es la situación particular de un sujeto. Para ello las preguntas que permitan la indagación de aquellas fantasías son un recurso fundamental en este trabajo interdisciplinario (Faccendini y Zuliani, 2018). Aquí se trata no solo de acompañar un recorrido de trabajo de duelo, sino que es ineludible que el analista realice intervenciones que apunten a despejar el proceso detenido que está vivenciando el sujeto.

En relación a lo anterior, el analista no debe temer la realización de estos interrogantes en un análisis, es fundamental indagar las transmisiones generacionales en la manera en que se elaboraron los duelos, el dolor y la finitud de la vida. De esta manera, en el espacio analítico se construye la novela familiar propia de cada sujeto, habilitando un tiempo de escucha que permita ligar el dolor.

Tiempo que es también *de espera y a la espera* (...), construcción realizada de presencia y ausencia, de preguntas, de puesta en circulación del deseo a partir de lo irreductible de su relación con la demanda. Tiempo de tramitación de aquello que se pierde (Faccendini y Zuliani, 2018, p. 147).

La tramitación permite volver a poner en juego la circulación del deseo. Y cabe destacar que desear es asumir la evidencia de que en algún momento se va a perder al objeto amado y que ello es condición de la existencia. Aceptar -no sin antes elaborar- que una parte de sí se va con aquello que se pierde, parte que no volverá a recuperarse en otros vínculos. Al decir de Allouch, el muerto se lleva consigo un pequeño trozo de sí: “El duelo no es solamente perder a alguien (...), es perder a alguien perdiendo un trozo de sí” (2014, p. 401). Esa parte que se deja, la libra de carne, posee valor fálico. Parte que da cuenta de la dificultad de enunciar el trabajo de duelo como una operación sin resto. Más acá, quedan los recuerdos de aquellos sucesos que forman parte del pasado y que se pueden atisbar a partir de la memoria. La transformación de presencia en ausencia es posible solo cuando el sujeto convoca la capacidad de recordar, su memoria: el trabajo de duelo es simbólico. Es elemental tener en cuenta que este trabajo de separación conlleva una cesión; perder es ceder lo que se ha llevado consigo el objeto amado o en otras palabras: “No hay

indemnización por la pérdida, se trata probablemente de una instauración subjetiva a partir de una cesión, de entregarle a la muerte lo que esta se llevó” (Eisenberg, 2008, p. 95).

Conclusiones

A través del desarrollo realizado a partir de la lectura de los autores abordados en el presente escrito, cabe enunciar al duelo como una condición de existir del sujeto. Condición que liga la vida al dolor, a la pérdida, al recuerdo y a la muerte. Puesta en juego del conflicto inherente a la vida, de la función simbólica como recurso para cernir y bordear dicho conflicto.

Freud ha concebido el duelo como trabajo, como operatoria que requiere de grandes cantidades de energía del psiquismo: ¿cómo perder efectivamente a un ser querido sino a través de un arduo trabajo? En ello radica el gran aporte realizado por el autor frente a esta temática. Y si bien ha planteado que el sujeto puede encontrar luego de la pérdida, un sustituto del objeto que murió, no hay que olvidar las palabras que enuncia ante la muerte de su propia hija, muerte que puede conmover los valores y sentidos elaborados hasta el momento por el sujeto: "Se sabe que el duelo agudo que causa una pérdida semejante hallará un final, pero que uno permanecerá inconsolable, sin hallar jamás un sustituto. Todo lo que tomará ese lugar, aun ocupándolo enteramente, seguirá siendo algo distinto. Y a decir verdad, está bien así. Es el único medio que tenemos de perpetuar un amor al que no queremos renunciar" (Garo, 2015, p. 101).

Con el enunciado anterior, Freud invita a delinear la experiencia de la pérdida como conmovedora del mundo que habita al sujeto. Un mundo signado por la extrañeza cuando una mirada ya no contempla, una voz ya no habla y un oído ya no escucha. En suma, un cuerpo hecho ausencia que revela lo efímero de la vida y la necesidad de incluir la muerte como inevitable. Frente a ello, el psicoanálisis habilita un espacio para la palabra del sujeto, habla que permitirá habitar y ligar el dolor, de acuerdo a las coordenadas propias de su singularidad. Entonces es posible afirmar que "(...) la clave de la posición freudiana, que la diferencia y la distingue, está centrada en la posibilidad de renunciar a lo perdido como condición necesaria para concluir un duelo (...)" (Garo, 2015, p. 88). A fin de cuentas, el duelo concluye a través de la inscripción de esa renuncia en el psiquismo, de la subjetivación de la pérdida.

Lacan, con sus desarrollos teóricos mencionados, elabora una argumentación que complementa el trabajo del duelo descrito por Freud. En este sentido, la función del duelo es estructurante para el psiquismo y adviene como posibilitadora del trabajo de duelo. Desarrollo que afirma que no se trata de la sustitución de objeto sino, en palabras de Lacan, de reconocer la falta en lo real que provoca la muerte, de convocar los recursos simbólicos ante lo irremplazable. Avizorar el sentido de la falta del ser querido para restaurar la dimensión del deseo. Volver a recordar, representar y sentir luego del quebranto.

Por último, Allouch enuncia la cesión que se debe instaurar en el final de un duelo, cesión de aquel trozo de sí que se lleva la muerte. Y ceder obliga a perder ese valor fálico, a inscribir la inexistencia del objeto amado. Operación que va más allá del sujeto, que requiere de la presencia de los ritos, la comunidad, los otros. Entonces, la lectura de estos psicoanalistas debe ser realizada teniendo en cuenta los fenómenos actuales que se inscriben en la sociedad. Se asiste a una época en la que los ritos son planteados como mera formalidad a realizar pronta y rápidamente, las expresiones de dolor no son sostenidas por el acompañamiento del semejante y en la que el sujeto doliente se encuentra en los márgenes de la soledad con el imperativo de retomar nuevamente sus actividades sin impasses.

En consonancia con lo que han escrito los autores mencionados, es preciso concluir destacando la importancia de que el sujeto habilite un tiempo y un espacio en los que halle lugar el dolor de la pérdida, de manera que pueda hacerse cargo del mismo; que logre

transformar las pérdidas en renunciaciones (Faccendini y Zuliani, 2018), a través del recurso a la palabra; y por último, que sea condescendiente con los tiempos de su psiquismo. Entonces, como lo dejó establecido Freud en *Duelo y melancolía* (2013) no es factible reducir algo tan complejo como el duelo a una magnitud del tiempo cronológico.

Para finalizar, se deja asentado un fragmento de una poesía que pretende condensar a que refiere el concepto de trabajo de duelo. Roberto Juarroz (1969) escribe: “Solamente si has perdido tu pérdida, cortaremos el hilo para empezar de nuevo”.

Referencias bibliográficas

- Allouch, J. (2014). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires, Argentina: El cuenco de plata.
- Bauab, A. (s.f.). Para una clínica lacaniana del duelo y la melancolía. Recuperado de: <http://imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=183>
- Bertholet, R. (2006). *Las depresiones*. Rosario, Argentina: Centro de Estudiantes de Psicología, UNR.
- Buscaldi, A. (2011). Saber o no saber, ¿ésa es la cuestión? Recuperado de: <https://www.elsigma.com/colaboraciones/saber-o-no-saber-esa-es-la-cuestion/12287>
- Buscaldi, A. (s.f.). Si todo es duelo nada es duelo. Recuperado de: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1736>
- Cazenave, L. (2010). El duelo en la época del empuje a la felicidad. Recuperado de: <http://www.revistavirtualia.com/articulos/359/actualidad-del-lazo/el-duelo-en-la-epoca-del-empuje-a-la-felicidad>
- Dolto, F. (2002). Hablar de la muerte. En *El niño en la ciudad /La ciudad y el niño /El niño y la fiesta /Hablar de la muerte* (pp. 71-94). Montevideo, Uruguay: Trilce.
- Edelman L, Waisbrot C.D y Pérez D. (2007). Los duelos. Recuperado de: <https://www.topia.com.ar/articulos/los-duelos>
- Eisenberg, S. (2018). Preguntas acerca del duelo. *XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*. Buenos Aires: Facultad de Psicología- Universidad de Buenos Aires.
- Faccendini, J. (2016). *Una clínica del grafo del deseo*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.
- Faccendini, J y Zuliani, C. (2018). *Volver al duelo-ruedo: duelo, identificación, objeto*. Rosario, Argentina: Laborde Editor.
- Freud, S. (1985). Manuscrito G. Melancolía. En *Cartas a Wilhelm Fliess* (pp. 97-105). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013a). De guerra y muerte. Temas de actualidad. En *Obras completas, tomo XIV* (pp. 273-303). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013b). Duelo y melancolía. En *Obras completas, Tomo XIV* (pp. 235-255). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013c). El malestar en la cultura. En *Obras completas, tomo XXI* (pp. 57-140). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013d). El yo y el ello. En *Obras completas, tomo XIX* (pp. 2-59). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013e). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras completas, tomo XX* (pp. 73-174). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

- Freud, S. (2013f) Introducción del narcisismo. En *Obras completas, tomo XIV* (pp. 65-98). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013g). La transitoriedad. En *Obras completas, tomo XIV* (pp. 305-311). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013h). Más allá del principio de placer. En *Obras completas, tomo XVIII* (pp. 3-62). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013i). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas, Tomo XVIII* (pp. 64-136). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013j) Tótem y tabú. En *Obras completas, tomo XIII* (pp. 1-165). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Garo, S. (2015) *Navegar es preciso: una travesía por la clínica freudiana a través del duelo*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Hornstein, L. (2016). *Las depresiones*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Juarroz, R. (1969). Si has perdido tu nombre. Recuperado de: <https://www.poeticous.com/roberto-juarroz/8-si-has-perdido-tu-nombre?locale=es>
- Lacan, J. (2007). De una falta irreductible al significante. En *Seminario X: La angustia* (pp. 145-158). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2015). *Seminario VI: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Laplanche, J y Pontalis J.B (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lerner, H. (2019). Narcisismo normal y patológico. En *Más allá de las neurosis. La práctica psicoanalítica convulsionada* (pp. 29-43). Buenos Aires, Argentina: Lugar Editorial.
- Merino, J. E (2017). Sobre el examen de realidad en duelo y melancolía. En Espinosa A, García Valdez R y Stavchansky Slomianski L. (Coord.), *Duelo y melancolía. Freud. Conmemoración centenaria* (pp. 140-152). México: Colección Biblioteca.
- Moffatt, A. (2007). La muerte y los duelos. Recuperado de: <https://www.topia.com.ar/articulos/la-muerte-y-los-duelos>
- Real Academia Española. (s.f.). Cabo. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 29 de agosto de 2020, de <https://dle.rae.es/cabo>
- Rochkovski, O. (2007). Todo está guardado en la memoria. Recuperado de: <https://www.topia.com.ar/articulos/todo-est%C3%A1-guardado-en-la-memoria>
- Sarbia, S. (2002). Del trabajo de duelo a la función de duelo, con algunas diferencias. Recuperado de: <https://www.elsigma.com/introduccion-al-psicoanalisis/del-trabajo-de-duelo-a-la-funcion-de-duelo-con-algunas-diferencias/2251>
- Vives Rocabert, J. (2013). La muerte. En *La muerte y su pulsión. Una perspectiva freudiana* (pp. 13-53). México: Paidós.

Zutelman, A. (2020). Articulaciones entre el trabajo de duelo y el trabajo de sueño.
Recuperado de: <https://www.topia.com.ar/articulos/articulaciones-trabajo-duelo-y-trabajo-sueno>